ventario inevitable a nuestro parecer, porque se trata aquí de un texto, de nombres.

Partiré de uno de los más altos: el amor. Sobre este fondo de fuerza, y sin perder de vista nunca la fuerza, "él es el amor". Es "la fuerza *y* el amor" —unidos en la aproximación. Este "amor" ¿es nuestro amor? "El amor hay que reinventarlo, uno lo sabe". (*Delires I*). Inseparable de la fuerza, como se ha dicho también en *Angoisse* (ese poema de la vida que no es "la verdadera", sino "la vampírica", falsa, ficticia, efectiva, devorante): ¡"Amor, fuerza"! está aquí, en su tránsito, reinventado: "Es el amor —escribe Rimbaud— medida perfecta y reinventada". El amor es la pura expresión de la fuerza. Como ella, está fuera del sentido. Bien parece que reúna todo en él, en lo que él es en sí como impulso, en aquello que es para nosotros. Viene, en el poema, al final de la enumeración: "Es el afecto y el presente... el afecto y porvenir, la fuerza y el amor...". Y en el parágrafo siguiente, como recapitulando: "Es el amor..." ¿Pero en qué sentido? La continuación nos lo dice, lo acabamos de ver, en un inciso que es casi una definición: "Es el amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista". La metáfora de la medida es musical. Es sin duda la que resume de mejor manera la empresa de Rimbaud, su loca tentativa de reinvención de un mundo. "Yo soy —escribe en *Vies II*— un inventor con muy otros méritos que todos aquellos que me han precedido; un músico que incluso ha encontrado algo parecido a la clave del amor". Y si el amor aquí está dicho como "razón", es en el sentido en que, en el poema que lo invoca, *A une raison*, ésta es dada como poder de armonía: "Un golpe de tu dedo sobre el tambor precipita todos los sonidos y da comienzo a una nueva armonía". "Es decir también el nuevo amor. Es por esto que leemos un poco más adelante, en el mismo poema, aquello que nos llega como un eco de *Genie*: "Un paso tuyo, es el levantamiento de los nuevos hombres y su puesta en marcha". "¡Giras tu cabeza: el nuevo amor! ¡Vuelves tu

GENIO

Traducción de Tomás Segovia

Es el afecto y el presente puesto que ha hecho la casa abierta al invierno espumoso y al rumor del verano, él que purificó las bebidas y los alimentos, él que es el encanto de los lugares fugitivos y la delicia sobrehumana de las estaciones. Es el afecto y el porvenir, la fuerza y el amor que nosotros, de pie en medio de las rabias y los hastíos, vemos pasar en el cielo de tormenta y las banderas de éxtasis.

Es el amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista, y la eternidad: máquina amada de las cualidades fatales. Hemos tenido todos el espanto de su concesión y de la nuestra: oh disfrute de nuestra salud, impulso de nuestras facultades, afecto egoísta y pasión por él, él que nos ama para su vida infinita...

Y nosotros nos acordamos de él y él viaja... Y si la Adoración se va, suena, su promesa suena: "Atrás esas supersticiones, esos antiguos cuerpos, esas parejas y esas edades. ¡Es esta época la que se ha ido a pique!

No partirá, no volverá a bajar de un cielo, no cumplirá la redención de las iras de mujeres y las alegrías de los hombres y de todo pecado: porque ya está hecho, dado que él es, y es amado.

Oh sus alientos, sus cabezas, sus carreras; la terrible celeridad de la perfección de las formas y de la acción.

¡Oh fecundidad del espíritu e inmensidad del universo!

¡Su cuerpo! ¡El desasimiento soñado, el quebrantamiento de la gracia cruzada de violencia nueva!

¡Su vista, su vista! Todos los arrodillamientos antiguos y las penas *levantadas* tras él.

¡Su luz! La abolición de todos los sufrimientos sonoros y movidos en la música más intensa.

¡Su paso! Las migraciones más enormes que las antiguas invasiones.

¡Oh él y nosotros! El orgullo más benevolente que las caridades perdidas.

¡Oh mundo! ¡Y el canto claro de los desdichados nuevos!

Nos ha conocido a todos y a todos nos ha amado. Sepamos, esta noche de invierno, de cabo en cabo, del polo tumultuoso al castillo, de la multitud y la playa, de miradas en miradas, fuerzas y sentimientos fatigados, llamarlo y verlo, y despacharlo, y bajo las mareas y en lo alto de los desiertos de nieve, seguir sus visiones, sus alientos, su cuerpo, su luz.

Arthur Rimbaud